





ANT-XIX-1285/4

12 - 41.147/17

SERMON



Que en la Solemnidad de Accion
 de Gracias al Todo-Poderoso por los
 Sucesos ventajosos ocurridos á las
 Armas Aliadas baxo el Mando del
 Excmo. SR. CONDE DE WELLING-
 TON, desde la Batalla de Salamanca
 hasta el Levantamiento del Sitio de
 Cádiz, predicó en la Iglesia Católica
 de Gibraltar, el 29 de Agosto de
 1812, Su Vicario General Apostólico
 y único Párroco,

EL P. M. ISIDORO DOMINGUEZ
 DE LOS CLERIGOS MENORES.



ADVERTENCIA.

Este Sermon se predicó en Gibraltar con la angustia de tiempo que se dexa ver, y entre los embarazos de unos dias en que los regocijos y plácemes recíprocos no daban lugar al estudio, ni á la meditacion. Esto basta para que no se busquen en él ni los rigores del Arte, ni las bellezas de la Eloquencia, ni aun la exáctitud oratoria. Por lo mismo no se habria dado al Público, si las instancias de muchos que, poco instruidos en el Idioma Español, han querido ver de espacio lo que no pudieron entender bien, oyéndolo; y el deseo de los Amigos del Autor no hubieran movido, y casi obligado, á éste á permitirlo y entregarlo. Los Críticos harán de esta advertencia ingénua el mérito que tengan por conveniente.

His autem fieri incipientibus, respicite, et levate capita vestra; quoniam appropinquat redemptio vestra. Lucæ cap. 21 V. 28.

Quando comenzáren pues á cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas; por que cerca está vuestra redención. Evangelio segun Sn. Lucas, cap. 21, V. 28.

DE este modo consuela á sus amados Discípulos el Redentor de los hombres y Maestro Divino de Israel, Jesuchristo. Despues de haber introducido en sus corazones el asombro y el pavor, manifestándoles las señales espantosas que habian de preceder á su segunda venida, al dia terrible de sus juicios; despues de haberles claramente hablado de las conmociones y señales asombrosas del Firmamento, de las estrellas y planetas; de las convulsiones horribles de la tierra, y consternacion de todos sus habitantes; de los bramidos espantosos del mar y de sus olas, de estos anuncios precursores de su justicia y de sus venganzas; como para despertarlos del letargo de asombro en que los habia postrado aquel terrible vaticinio, les dice alentándolos: no temais, por que quando empezáren á verse estas formidables señales, vuestra libertad y salud se halla próxima y cercana. Quédese el miedo y el terror para los hombres carnales que pusieron sus esperanzas en el siglo; vosotros, como todos los que son del número de mis escogidos, mirad con confianza, levantad con alegría vuestras cabezas, por que se acerca el fin de vuestros trabajos, el premio de vuestra redención. “*His autem fieri incipientibus, respicite, et levate capita vestra; quoniam appropinquat redemptio vestra.*”

Señor Ilustrísimo*, digno Gefe de esta Guarnicion, Generales y Militares de las dos grandes naciones que trabajan con tanto honor por la salud y libertad de la Europa, Christianos Oyentes; y en las circunstancias agradables en que nos reune hoy la Religion en este santo templo; en que llenos de júbilo y regocijo nos congregamos en él, para dar gracias al Todo Poderoso por los sucesos ventajosos y extraordinarios con que su adorable Providencia acaba de favorecer á las armas aliadas en la Península; y en que, penetrados de la gratitud y reconocimiento, le presentamos humildes el homenaje de la sinceridad de nuestros votos para afianzar su proteccion misericordiosa; ¿ que expresiones mas oportunas podria yo escoger para hablaros en esta mañana sobre estos interesantes puntos, que aquellas con que Jesuchristo anima y consuela á sus Discípulos sobrecogidos de temor por los anuncios que les hacía, y que habeis oido en la exposicion de mi tema?

Si aquellos, entre la consternacion universal en que habrán de genir las generaciones todas por las señales expresadas, deberán levantar con fiadamente sus cabezas, segun la prevencion de su Maestro, y mirarlas como un presagio de su Redencion y felicidad futura, ¿ con quanta razon no deberemos nosotros hacer lo mismo, quando, habiendo estado tanto tiempo sumergidos en la espantosa noche de la tribulacion y amargura, rodeados de los peligros, asombros y calamidades de una guerra tan injusta como destructora, empezamos á ver los crepúsculos de la

* Estaban presentes el Ilmo. Sr. Dn. Fr. Marcos Cabello, Obispo de Guadix y Baza, el Excmo. Sr. Dn. Colin Campbell, Teniente Gobernador de la Plaza, los Excmos. Señores Generales Smith y Widdrington, Ingleses, Dn. Antonio Valdes, Conde de Fuentes, Dn. Carlos de Gand, Españoles, el Lord Malpas, el Comodoro Penrose y toda la plana mayor.

la Aurora que nos consuela, los albores de un día sereno y hermoso que nos anuncia el fin de la deshecha tempestad? Quando, despues de la ocupacion no menos larga que tiránica de la España, y de estar amenazado de lo mismo el territorio de sus Aliados, por unos Exércitos numerosos y acostumbrados á vencer, por unas tropas cuya única divisa es el estrago, la violencia, la sangre y la muerte, sin respeto á ley alguna ni á pactos, ni á derechos, ni á humanidad; vemos con asombro, en estos dias, derrotados esos mismos Exércitos por él que manda el héroe de la Inglaterra, el inmortal Wellington, vencidos en los campos de Salamanca, perseguidos en las Castillas, arrojados de la Capital que gloriosamente ocupa el Vencedor, huyendo los unos hácia el Ebro, levantando los otros el sitio de Cádiz y abandonando todas sus fortalezas en la Andalucía, y apoderados todos del sobresalto, del miedo y la consternacion? ¡ Ah!

Justo es nuestro regocijo, fundada nuestra esperanza, legítima la idea consoladora de nuestra entera libertad. ¡ Yquan recomendable por lo mismo el motivo que nos congrega hoy en este santo sitio para dar gracias al Todo Poderoso, quando creemos que todo aquello lo recibimos de su mano omnipotente y protectora! Observémoslo, y, levantando alegres nuestras cabezas, esperemos confiados nuestra absoluta libertad y redencion. *His autem.* Pero estas ideas necesitan aclararse y desenvolverse: hagámoslo en el modo posible, y sea manifestando, primero el mérito de nuestro júbilo y alegría en esta solemnidad, y, despues, la necesidad de santificarla para conseguir nuestra salvacion entera.

¡ Dios santo! que la alegría de que rebosa hoy mi espíritu no me haga faltar á los deberes escrupulosos en que me veo empeñado! ¡ Que no tengan parte alguna, en este christiano, aunque desaliñado, discurso, la injusticia, la

mentira, la adulacion, ni otra cosa que pueda profanar la santidad de mi delicado ministerio ! Yo me entrego á Vos que sois el Autor de la justicia, de la verdad, de la misericordia y de la gracia. Esta os pedimos todos por la intercesion poderosa de la immaculada Virgen María, á quien devotamente saludamos diciéndole :

Ave gratiâ plena.

PRIMERA PARTE.

JAMAS se vió la España en unos apuros tan terribles como los que experimentó en estos últimos dias. Corramos un velo espeso y tenebroso para no ver los males y las congojas que sufrió en aquellos momentos amargos que precedieron á su justa y heróica revolucion. No nos detengamos en considerar la entrada de las tropas Francesas en su territorio, baxo el especioso pretexto, unas veces de buscar paso para invadir y castigar el Portugal, y otras para conquistar las provincias Berberiscas, ocupando para ello las primeras Plazas—Barcelona, Figueras, Pamplona, y todas las fortalezas fronterizas. Demos una ojeada, no mas, y lamentemos, por un instante, los infames designios del Tirano de la Francia, sacando del seno de sus hijos y vasallos, y arrastrándolo á su presencia, al bueno, al inocente, al adorado Fernando. Sepulremos en el olvido por ahora aquel conjunto de engaños, iniquidades y perfidias que se cometieron por aquel y sus infames satélites en esa ominosa Bayona, teatro de las desgracias de España, en donde se decretó bárbaramente, con letras de sangre, su pérdida, su desolacion y su exterminio. Sigamos adelante y no circunstanciemos tampoco los sucesos infaustos que experimentó esta exhausta y descarnada Nacion despues de su revolucion heróica, en la invasion de su capital y de casi todas sus provincias, en el destrozo de sus Exércitos que con tanto trabajo habia podido reunir, y en que, ya sea por la impericia de sus Generales, ya por la indisciplina

de las tropas, y ya por otras causas que se han procurado ocultar, ó por todo junto, no se veía otra cosa que pérdidas incalculables, batallas imprudentes, y dispersiones escandalosas. Dexemos todo esto para ocasion mas oportuna, y acerquémonos á nuestro intento.

Cinco años de una guerra tan desastrosa no podia menos que aumentar el orgullo del enemigo, su engrandecimiento y sangrienta dominacion; y enervar algun tanto la constancia siempre heroica de los Guerreros Españoles, como la confianza de los oprimidos Pueblos. La pérdida de Tarragona defendida con valor, pero no socorrida á tiempo, y en que el bárbaro Suchet desplegó todo el lleno de su crueldad; la de Figueras tomada poco ántes casi milagrosamente por el ingenioso y valiente Rovira; últimamente la capitulacion ignominiosa de Valencia y todo su Reyno, añadieron grados á la soberbia del primero, y al desmayo de los últimos.

Es verdad que jamas éste llegó á desanimar á los que miraban cada dia con mas odio y detestacion á sus inhumanos opresores. Quedaban restos de una esperanza no infundada en el carácter sostenido, y constancia sin exemplo, de una Nacion honrada y pundonorosa que juró solemnemente, por un movimiento general y simultáneo, vencer ó morir por su Religion, por su Rey, por su libertad é independencia; en los cuerpos de tropas aguerridas que mandaban el valiente Lacy en Cataluña, el incansable y prodigioso Mina en Navarra, los esforzados Mendizabal, Duran, Martin, Longa, Sanches y otros caudillos en las Castillas, los famosos Penne y Morillo en Extremadura, y el intrépido é infatigable Vallesteros en Andalucía. Pero ¡estos Exércitos eran tan poco numerosos!.....pero ¡eran tantas las privaciones que sufrían!..... ¡Pueblos! que confianza podían inspiraros unos soldados desnudos, hambrientos, y sin em-

bargo obligados á continuas marchas, y á sufrir todo el rigor de la inclemencia y de las estaciones en despoblados, en arenales, sin tiendas, sin pabellones y sin abrigo? ¡ Gibraltar! ¡ tu viste con sentimiento y compasion los trabajos que experimentaron los valientes del Quarto Ejército, arrastrados contra tu Monte y Caleta en el anterior Invierno!

El Gobierno se hacia sordo á los clamores de los Generales, ó, mas bien, se veia sin arbitrios para acudir á aquellas necesidades gravísimas. Qualquiera que comprehenda el estado de la Nacion en el tiempo que voy designando, conocerá que ni el mal manejo de las rentas, ni la dilapidacion, ni el robo, de que en otros dias se ha resentido la Tesorería Nacional, sino una imposibilidad verdadera, producía estos apuros. Las Américas los han remediado en otras ocasiones; pero, de resultas de la terrible y espantosa revolucion en aquellas Provincias, originada, ó de la impolítica de los Gobiernos, ó de la disposicion de aquellos naturales cansados de sufrir las vejaciones y violencias de los Gobernantes que se trasladaban allí de la Península, ó de las intrigas y manejos incendiarios que introducian en ellas los astutos y viles agentes del Tirano de la Europa, ó por uno y otro, no podian asistir á la madre patria con aquellos auxilios de numerario, que con tanta abundancia habian franqueado en el tiempo mismo de la revolucion de ésta, y que son de una necesidad tan absoluta para sostener la guerra. Los Ejércitos aliados permanecian estancados en sus atrincheramientos del Portugal, y nadie conocia ni sospechaba los grandes planes que meditaba su reservado caudillo, para desenvolverlos con tanta gloria suya en su tiempo y en su dia. ¿ Y la Nacion no debería vacilar? ¿ Y la afliccion de los Españoles no debería aumentarse hasta el extremo? ¡ Ah! El corazon de Napoleon, de este mon-

struo, estaba bien penetrado de esta crítica situación de la España, semejante á la navecilla que, arrojada impetuosamente por la tempestad en medio de los mares, sin palos y sin masteleros, queda abandonada á la merced de los furiosos vientos y encrespadas olas. Sí, hombre sanguinario, poderoso en iniquidad, te gloriaste demasiado en tu malicia. Tu orgullo desmedido te infatuó hasta persuadirte, que la suerte de aquella era decidida. Te lisongeaste, y lo dixiste en la abundancia de tu altanería, de arrojar al Leopardo á su antiguo océano; de disputar, y aun privar del dominio de los mares, á esa Isla afortunada, cuyo poder y grandeza ha roído siempre tus ambiciosas entrañas; de reducir, por último, á sus habitantes, como á los de Tiro, á sus simples negociaciones y mercancías. Juzgaste neciamente que el Leon de España, que parecia gravemente postrado con esta última fiebre, no volvería á encrespar sus guedejas, sacudir sus lomos, ni aterrar con sus rugidos las campiñas. Pensaste que ya no existía su bravura antigua en los descendientes de los Alburquerque y de los Gamas. Te olvidaste que habia un Dios protector de la justicia y de la inocencia. Pero no es extraño; tu, ni lo respetas, ni lo conoces. ¡Te olvidaste, por último, que habia un Wellington sobre la tierra!

¡Wellington! ¡ah, nombre de admiracion y de consuelo! Sí, Oyentes, el Conde de Vimiera, Duque de Ciudad Rodrigo, es el baluarte, la roca que ha puesto la Providencia, para que sobre ella se estrellen las vanas ideas de Buonaparte. El moderno Fábio, que, casi sin moverse de sus atrincheramientos, habia ya, en el año anterior, deshecho y aniquilado el numeroso Ejército del sanguinario Masena, cargándole de confusion y de ignominia, sale ahora de aquellos, mueve sus tropas contra la expectation de sus enemigos persuadidos á que ja-

mas obraría ofensivamente; y el fruto de este primer movimiento es la reconquista de las importantes Plazas de Badajoz y Ciudad Rodrigo. El Gefe del Ejército enemigo, llamado, con la propiedad del moderno uso de la Francia, Ejército de Portugal; ese Marmont que ha causado tanto ruido en las empresas de su vil Amo, se asombra, tiembla, vacila, pasa el Duero abandonando á Salamanca, donde entran los Aliados entre las aclamaciones y aplausos de sus oprimidos moradores.

¡ Christianos ! ¡ que perspectiva tan horrible por una parte, y tan lisongera por otra, va á presentarse á nuestra vista ! Los campos de Salamanca, que serán tan memorables á la posteridad, van á cubrir de Laureles al Héroe de Inglaterra, á colmarlo de gloria. Marmont repasa el Duero, como afrentado de sus marchas anteriores, vuelve á situarse en los mismos puntos que habia abandonado ántes, y presenta la batalla á los Aliados que, sin embargo de los rumores esparcidos de retirada á sus antiguas trincheras, la admiten con la serenidad y valor que siempre han acreditado. La accion empieza; el vivo y encontrado fuego del cañon y del fusil, hace sus acostumbrados estragos, y derrama el espanto, el terror y la muerte sobre todas las filas; el encarnizamiento se aumenta, los puntos ventajosos de los Arapiles se toman por los unos, y se retoman á viva fuerza por los otros; los gritos, la confusion, y los gemidos de los heridos y moribundos pueblan el aire de écos horribles y lastimosos. Wellington todo lo vé, todo lo observa, lo presencia todo; su serenidad y su destreza le hacen entrar en todos los pormenores que ofrece aquel espantoso momento; y, aprovechándose de un incidente feliz que deseaba, y que estuvo fuera de la prevision de su contrario, carga rapidamente con grandes fuerzas por un lado no bien asegurado por éste; penetra, arrolla, envuelve y cae,
como

como un torrente impetuoso, sobre las numerosas falanges enemigas, desordenándolas, fatigándolas, destruyéndolas; y, en un momento, queda decidida en su favor la victoria; los campos sembrados de cadáveres y moribundos; y las reliquias del Ejército enemigo en confusión y precipitada fuga, buscando otra vez el paso del Duero para llevar sobre el Norte de Castilla el peso de ignominia y despecho de que vá cargado. ¡Asombrosa Victoria!

Los papeles públicos nos hablan de ella con admiración, y nos persuaden la muerte de los dos principales Jefes del Ejército enemigo, Marmont y Bonnet, quedando otros prisioneros, muchos oficiales, y á proporcion soldados en esta clase, con innumerables heridos. Baste decir, que este Ejército orgulloso y provocador, que constaba de mas de cinquenta mil combatientes, ha dexado en poder del Vencedor mucho mas de la mitad de su gente. Nuestro Héroe no descansa por esto, marcha con su Ejército victorioso en persecucion del resto enemigo que, aunque pavoroso, siembra la desolacion por los Pueblos de su tránsito; mientras que Wellington en seguida derrama sobre ellos la dulce esperanza, y el consuelo de su libertad. Valladolid y Segovia lo reciben como á su salvador; pero este hombre prodigioso y modesto, sin detenerse, como otros, en recoger las palmas y los laureles que, atónitos de alegría, le preparan aquellos, cae, como un rayo, sobre la Capital de España, sobre Madrid, sobre este Pueblo patriota hasta el heroismo, que á un mismo tiempo llena de exêcraciones á su Rei intruso que huye precipitadamente con sus cobardes é infames partidarios, y sale mas de una legua á recibir con ramos, y con oliyas á su Libertador, que hace su entrada magnífica entre los vivas y las tiernas lágrimas de este inmenso y lastimado Pueblo.

¡ España !

¡ España ! llénate de júbilo, y bendice al Dios de las misericordias, por las que acaba de usar contigo: derrama lágrimas de agradecimiento sobre las plantas del Caudillo que ha destinado para que te salve y rompa las cadenas ignominiosas en que has gemido. Respira, cobra aliento, levanta tus agoviados hombros y cabeza con alegre confianza, pues, al éco volador de las victorias de Wellington, los enemigos corren por todas partes despavoridos, levantan el sitio de Cádiz despues de tres años de un tenaz empeño, abandonan todas sus fortificaciones en las Andalucías, buscan puntos en donde reunirse para escapar; y el bárbaro Soult, este Gefé tan astuto como feroz é inmundo, que tanto ha devastado estas hermosas Provincias, tiembla con la idea devoradora de que acaso, y será lo mas cierto, tendrá que representar la segunda parte de la Tragedia de Marmont.

Pero, Señores, ¡ que contraste entre la conducta atroz de estos Vándalos, y las humanas ideas del benéfico Wellington! Aquellos, siguiendo fielmente las órdenes sangrientas de su Emperador infame, talan, roban, saquean, destruyen y lo arruinan todo; éste, lleno de compasion hácia los afligidos Españoles, ordena y manda todo lo que puede contribuir á su alivio y á su consuelo. Aquellos arrasan los campos y los sembrados, incendian los Pueblos ¡ Bárbaros ! ¿ y podré yo preguntar, (sin apartarme de la mansedumbre del Ministerio que exerzo, ni profanar la Santidad de la Cátedra del Dios de Paz, en que me hallo;) por qué se os da quartel? ¿ por qué en los Exércitos, en las Provincias, en todo el Reyno, no se os declara guerra á sangre y muerte? ¡ Ah! Los soldados de Wellington observan la disciplina mas rigorosa, se abstienen de hacer el menor daño, escrupulizan hasta de pisar una espiga, todo lo respetan, y hasta parten y dividen su racion y su pan

con los miserables y necesitados que encuentran. Los primeros echan por tierra los suntuosos edificios que ha respetado el tiempo, y cuya antigüedad y recomendable destino parecia ponerlos á cubierto de todo insulto. Wellington mira con horror estos efectos de la barbarie, y se lamenta en Salamanca de que se hayan convertido en fortalezas, tantos colegios, morada antigua y venerable de la sabiduría y de las ciencias. Aquellos, sin respetar tampoco á la Divinidad, ni á la Santidad de la Religion, del culto y de sus Ministros, profanan los Templos, los saquean, y convierten en caballerizas y en teatros de prostitucion; persiguen, maltratan á los Obispos, entregan á la muerte al sacerdote, y arrojan á las Vírgenes consagradas á Dios de sus religiosos asilos. Wellington, lleno de piedad, parte inmediatamente, despues de la batalla, á la catedral de Salamanca, ordena se cante con solemnidad Misa y Te Deum en accion de gracias al Dios de los Exércitos, y él es el primero que se postra delante del Ser Supremo para ofrecerle el homenaje de su gratitud, y confesarle que todo lo debe á su providencia; él entra en Valladolid, y hace una visita exclusiva á su respetable Obispo; él protege por todas partes la Religion y sus Ministros.

¡ Francia ! ¡ mira lo que has mandado á España, á esta Nacion, antigua amiga y aliada tuya ! ¡ mira la felicidad que ese monstruo, que te esclaviza y envilece, le ha preparado, despues que dispuso á su arbitrio de sus caudales y de sus tropas; despues que la despobló y empobreció de resultas de aquellos tratados siempre detestables é ignominiosos de San Ildefonso ! ¡ Y es esta la regeneracion con que ese pérfido quiso alucinar á los incautos Españoles para ganarlos ? ¡ Ah ! tu serás medida con la misma vara con que has azotado á esta Nacion inocente, *ad te quoque perveniet calix.* Tu beberás las amarguras del



del funesto Caliz que le has hecho gustar con violencia; tragarás hasta las heces de su veneno ponzoñoso. *Ad te quoque perveniet calix: inebriaberis.* Tu, Nacion christianísima, que has mirado con una indiferencia criminal, que has consentido que el Usurpador de tu Trono arranque de su Apostólica silla al Gefe supremo de la Religion y de la Iglesia, el Smo. Pio VII., y lo haya sepultado en un encierro y prision como el mas delin-
 quiente de los mortales; que has observado friamente el insulto sin exemplo que ha hecho el mismo á una Nacion grande y generosa en la persona de su legítimo Monarca y Soberano, el Sr. Dn. Fernando VII., confinándolo tambien, sin comunicacion ni alivio humano, á una de tus infernales Bastillas; que has permitido todo esto, sin que te hayan conmovido las lágrimas, ni los gemidos de tantos infelices, víctimas inocentes y desgraciadas de la bárbara ambicion del Sultan que te domina; tu lo pagarás, y á tu turno experimentarás los lloros, el rechinar de dientes, todas las calamidades, mayores plagas que aquellas con que has affligido á las Naciones todas. *Ad te quoque perveniet calix: inebriaberis.* Sí, la tempestad, que se ha formado de las densas nieblas y vapores espesos del Albion, hará resonar sobre tu horizonte el estallido de su trueno, y arrojará sobre tus Provincias torrentes amargos que te inundarán, piedras enormes, centellas y rayos que te asolarán, incendiarán y entregarán al último exterminio. *Ad te quoque perveniet calix: inebriaberis.* Sí, el General de Europa, el primer Capitan del mundo, que desenvaynó su espada para destruir tu primer Ejército sobre los campos de Salamanca, la hará centellear sobre esos tus Pueblos transpirenáticos, que ya tiemblan con la inmediacion de los vencedores, y vengará los ultrages, las abominaciones y violencias con que tus inmorales tropas han infestado los
 Pueblos

Pueblos todos de la Península. *Ad te quoque perveniet calix: inebriaberis.* Solo te queda, ¡ Nacion degradada! un partido que tomar para minorar tus males, para eludir en algun modo los estragos y los castigos que te amenazan por tu responsabilidad. Sacude ese infame yugo que te postra, que te sepulta en el abatimiento; levántate contra ese monstruo que despedaza tus entrañas, y te aleja de las Naciones libres, ilustradas y valientes. Entra en posesion de tus derechos legítimos, y restituye al inalterable, al firme, al virtuoso Pio VII. á su silla; al bueno, al idolatrado Fernando á su trono: ¿ que mas? al heredero de los Borbones, Luis XVIII., al goze de sus usurpados títulos: cíñele la corona de los Henriques y de los Luises, que tan injusta y pérfidamente se ha colocado sobre su vana cabeza ese Emperador intruso, é ilegítimo, el enemigo mortal del genero humano.

Señores, yo he abusado de vuestra paciencia; me he detenido mas tiempo del que las circunstancias, y consideracion á vosotros me permitian. Pero soy Español, y por lo mismo disculpable en haberme engolfado tanto, ya para referir los males de mi afligida Patria, y ya para explicar mi gozo al ver la hermosa Aurora de su libertad, significada en las brillantes acciones del inmortal Wellington, que hemos, aunque friamente, bosquejado. Todos, es verdad, somos interesados en este júbilo; pero, ¡ Españoles! ¡ quanto no le debeis vosotros á este hombre prodigioso! ¡ Ah! sereis injustos; no mirareis con zelo vuestros interéses, si, ademas de las demostraciones de gratitud que ya le habeis consagrado, no os entregais sin reserva á la sabiduría, discrecion y valor de este Caudillo que el dedo de la Providencia ha señalado por vuestro Libertador, para que, dirigiendo vuestros Exércitos, los lleve por el camino de la gloria, hasta completar el negocio importantísimo de vuestra entera redencion!

¡ Pero

¡Pero quanto mas no le debemos todos, Oventes, al Dios de las misericordias, al Padre universal de los Christianos, que lo ha escogido como instrumento de su voluntad, para derramar el consuelo con sus brillantes empresas sobre las Naciones y Pueblos oprimidos! ¡Ah! para esto nos congregamos en este Santo Templo; para confesar nuestra gratitud, ofrecemos al Dios grande y clemente, en esta magnífica y religiosa ceremonia, el homenaje de accion de gracias que le dirigimos. Mas ¿como conseguiremos aquella redencion, áquella entera libertad de que son fieles anuncios los favores que acabamos de recibir del Cielo? ¿como? Procurando nosotros merecerlo, con la enmienda de nuestra vida, y reforma de nuestras costumbres.

SEGUNDA PARTE.

LA historia de todos los siglos nos persuade eficazmente que la corrupcion de costumbres, y el desenfreno de las pasiones humanas han sido siempre como el preludio ú antecedente de la ruina de los Estados y de los Imperios. Atenas, Esparta, Roma, ¿que papel tan brillante no representaron en el mundo, quando, dirigidas por leyes sabias y honestas, dictadas por sus Solones, Licurgos y Numas, por estos hombres austeros y virtuosos, formaban sus respectivos habitantes una sola familia, porque todos se dedicaban á la puntual observancia de aquellas? Entonces las prácticas piadosas, y la veneracion, temor y respeto á sus Dioses tutelares, unian sus corazones baxo una Religion que, aunque falsa, los refrenaba

frenaba y reducía al cumplimiento exácto de sus deberes recíprocos. Cada uno vivía contento con lo poco que disfrutaba, labraba con placer su porción de tierra, trabajaba en su taller; todos respetaban las propiedades ajenas; todos se ayudaban mutuamente; los derechos del Ciudadano eran sagrados é inviolables, los de la paternidad y magistratura religiosamente y como por inclinación sostenidos, el delito castigado inexôrablemente, y el dulce amor de la patria impreso con tanto poderío, que todos, todos, por un movimiento uniforme y espontáneo, se reunían quando, ó era invadida, ó necesario defender sus derechos, su independencia y libertad.

Baxo esta union, efecto de la sabiduría de las leyes y del simultáneo empeño en su observancia, los Pueblos gozaban de una felicidad envidiable; y, contentos sus hijos con la frugalidad, sobriedad y medianía establecidas, su ambicion solo se dirigia á adquirir el crédito y buen nombre entre sus conciudadanos por las acciones heroicas, por las prácticas severas de la virtud, por la beneficencia, por la aplicacion asidua al trabajo y desempeño de sus obligaciones, y por grangearse por todos medios el amor y confianza de sus semejantes. ¡ Felices tiempos !

Pero ¡ que desgraciados, que calamitosos aquellos en que los hombres, olvidando estos respetables objetos, apartando sus ojos de la ley que los liga, y de la razon que los persuade, se entregan á los extravíos de su entendimiento, á las licencias de su corazon corrompido, al desenfreno de sus pasiones ! ¡ Babilonia, Tiro, Roma tambien ! ¡ quien obscureció vuestra grandeza y vuestra gloria ; quien os reduxo á la servidumbre y á la ignominia, sino la corrupcion de vuestros hijos á quienes las riquezas, la abundancia y el amor á la libertad sensual los enervó, ateminó, y aun embruteció hasta el extremo de

de exponeros á ser la presa de vuestros vecinos, y el juguete de todas las Naciones?

La historia de la Religion nos presenta á cada paso monumentos terribles de esta verdad, en el Pais fértil y delicioso de Pentapolis reducido á cenizas; en la soberbia Ninive, en la ingrata Jerusalem, y en todas las Provincias de Israel y de Judá, quando sus Monarcas idolatras y sus licenciosos hijos atrahian por sus abominaciones sobre ellas los castigos del Eterno, y las armas devastadoras de sus contrarios y enemigos.

¡Francia! yo me convierto á tí otra vez. ¿En que han venido á parar tu grandeza, tu preponderancia, tu ilustracion, aquel rango elevado y exclusivo que gozabas entre las Naciones de la Europa, émulas de tu gloria y felicidad? ¿Que se ha hecho de aquel lugar distinguido que te adquirieron los Clodoveos, los Carlo-magnos, los Henriques y los Luises, que en la guerra y en la paz daban la ley á aquellas, presentándote como la Arbitra del Universo? ¡Ah! ¡te apartaste de los caminos legítimos, y, desde el oriente de tu grandeza, te precipitaste en el ocaso de la ignominia! Oiste, abigaste las falsas doctrinas de tus Filósofos, y desapareció toda tu gloria. ¿Y que encontraban en ellas tus habitantes, sino las licencias de una moral corrompida que, alejándolos, por una parte, del temor santo y saludable á su Dios, de las máximas honestas del pudor y de la verguenza; y, por otra, de las religiosas ideas sobre la vida futura, los arrojaban sin miedo á los placeres sensuales, á los comercios ilícitos y pecaminosos, y á todos los horrores de la impiedad y disolucion? ¿Que frutos produxeron en ellos esos principios subversivos de todo orden, esa Soberanía del Pueblo, esa igualdad, esa libertad, esos derechos del hombre en los sentidos ilegítimos y perjudiciales con que los Maestros de la iniquidad los persuadian, y en que,

baxo

baxo el especioso pretexto de una felicidad aparente, los infatuaban hasta entregarlos á su perdicion? ¿Y no lo consiguieron? ¡Ah! Acuérdate de tu espantosa revolucion, y registra los rios de sangre que corrieron en tus Ciudades y Pueblos, la persecucion y el destrozo de tus clases distinguidas, la multitud de tiranos que alternativamente te gobernaron, holladas las leyes, profanado el Santuario, canonizado el vicio, el desórden y el asesinato, y la hez indigna del Pueblo erigida en árbitra y soberana. Registra con horror y espanto la todavía humeante sangre de tus buenos y legítimos Monarcas, arrastrados por aquella á un cadahalso ignominioso, que escandalizará á la posteridad mas remota. ¿Y son estos los frutos de tu ilustracion y Grandéza?

¿Lo son tambien el estado de esclavitud y de ignominia que ahora te degrada y oprime, tiranizada por un Estrangero que, despues de haber puesto á las puertas de la muerte tu existencia política, sediento siempre de sangre, de estragos y devastaciones, alborota por todas partes la Europa, para someterla á su cetro de hierro, á su inhumano yugo? ¡O disolucion! ¡O inmoralidad! ¡que funestas, que dolorosas son las huellas que dejan estampadas vuestras plantas abominables!

España, Señores, se resintió tambien de esta calamidad, de este contagio que no podia menos de comunicarle esa Nacion vecina, con quien siempre tuvo las relaciones mas estrechas. El carácter Español se habia enervado, la afeminacion y frivolidad se habian introducido, y veinte años de despótica dominacion de un licenciado favorito, con la facilidad y manía de adoptar todo lo que era Francés, sus usos, sus modas, sus estilos, sus costumbres, y aun su ilustracion falsa, sus libros y las perniciosas doctrinas de sus nuevos Filósofos, trastornaron el Reyno; cuudió la disolucion y libertad de costumbres,

se introduxo la corrupcion, y se extendió desde el cetro al cayado, desde los palacios suntuosos hasta las aldeas y humildes chozas.

Entonces ¿por que estrañaremos que el Dios de la justicia y equidad la haya mirado en la abundancia de su cólera, y agravado sobre ella su omnipotente brazo, para afligirla y despertarla? ¿Por que nos admiraremos que la haya visitado con tanta severidad y rigor, por el duro instrumento del moderno Atila, anegándola en calamidades, en trabajos, en hambres, en lágrimas, en sangre y en muerte? ¡Dios amable! yo me postro temblando ante tu Divina presencia, admiro tus insondables juicios, y venero respetuosamente tus santas disposiciones y providencias. Yo sé, por lo que me enseñan los Libros santos, que afliges y consuelas, lastimas y sanas, castigas y reformas; y que, quando mas encendida está tu cólera y tu indignacion contra tus ingratos hijos, te acuerdas de que eres misericordioso. *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis.* Yo conozco, por las ideas que me sugiere mi Religion santa, que abandonas por un momento á tus hijos, para castigar el engreimiento de su soberbia; pero no permites que este abandono sea de mucha duracion, por que conoces sus debilidades y flaquezas. Yo he leído en Isaías, que, para justificar esta conducta, dixiste á tu Pueblo: *in momento indignationis abscondi faciem meam parumper a te, et in misericordia sempiterna misertus sum tui.* Asi lo has hecho con España que se había engreido demasiado. Pero permíteme por esta vez que te diga con el Sr. San Bernardo: que este momento ha sido extraordinariamente largo. *Pace tua dixerim: hoc momentum longum est.* Ya lo conoces; y por lo mismo has empezado á levantar el rigor de tu justicia sobre esos afligidos Pueblos, y á consolarlos con tu misericordia.

Pero,

Pero, Señores, es necesario que tratemos de merecer su continuacion hasta conseguir nuestra libertad y redencion entera. Ya hemos visto que la disolucion y corrupcion de costumbres ha sido la causa de nuestros males; fácil es pues de inferir que la reforma de ellas, la sinceridad de nuestros propósitos, y las prácticas de una vida verdaderamente Christiana nos libertarán, y nos pondrán á cubierto de todos aquellos. Si hicieréis penitencia, dice el Señor, si os apartareis de vuestros perversos caminos, si lavareis vuestras manchas y abominaciones con las lágrimas de una verdadera compuncion; yo seré vuestro Dios y vuestro Padre, me olvidaré enteramente de vuestras ofensas, no trataré de la vindicacion de mis injurias, os miraré compasivo, y experimentaréis los dulces frutos de mi amor y de mi clemencia. ¿Y qué otra cosa mas que esta conducta, que esta feliz transformacion, ha arrancado del Cielo la misericordia en favor de los humanos? ¡Ninive! ¿á quien debiste el alzamiento de la sentencia terrible del Eterno, que te anunció su Profeta, sino a las lagrimas, al saco, al cilicio, á la penitencia ingénuu de tus hijos? ¡Betulia! ¿quien te habria liberto de las garras de Holofernes, si la virtud animosa de tu Heroína Judit, y tus preces, humillaciones y plegarias no hubieran sido por su sinceridad aceptas y recomendables á los ojos de tu Dios? El triunfo de Jahel sobre Sisara, el exterminio de los Asirios por el Angel, las victorias del Pueblo de Israel tan prodigiosas contra sus enemigos ¿que otro principio tuvieron que el alejamiento de la corrupcion y del crimen, y las reformas de las costumbres? Quando éstas prevalezcan, las Naciones sacudirán sus yugos tiránicos; serán libres, quando fueren virtuosas.

Así lo debemos esperar con respecto á la Península, de quien el Señor ha empezado á condolerse. Abrid los ojos,

jos, ¡ Españoles ! y conoced lo que hará, si emprendeis esta conducta, la Nacion heróica que componéis ; lo que harán vuestros Gobiernos, vuestros Exércitos, vuestros Generales y Caudillos ; lo que hará el grande Wellington sobre vuestro terreno. ¡ Ah ! momentos dulces, yo os espero ; instantes agradables, yo os miro desde lexos con lágrimas de ternura ! Vencerá Wellington, y la Península quedará enteramente libre y redimida, por que así nos lo anuncian sus primeras gloriosísimas empresas sobre ella ; por que así nos lo hace esperar la reforma de vida y costumbres que deberán todos abrazar, para no desmerecer su libertad y entera redencion.

Entonces ¡ que lazos, que vínculos tan estrechos é indisolubles los de las tres Naciones Aliadas, Inglaterra, España y Portugal ! ¡ Como se unirán, estrecharán en sus brazos, y se auxíliarán mutuamente los hijos de estos tres Reynos, mirándose como hermanos y formando una sola familia ! ¡ Como florecerán con esta union el comercio, las artes, la agricultura y toda clase de manufacturas ! ¡ Como los endurecerá y forificará el trabajo, la sobriedad y la aplicacion, á que deben sugetarse necesariamente por la pobreza y escaséz á que esa funesta y prolongada guerra los ha dexado reducidos ! Por lo mismo, sus juegos y entretenimientos no seran yá los de la ruina, esplendidez y molicie, sino los que agilizan y consolidan los nervios, el salto, la carrera, la honda, la barra, el exercicio de las armas, para contrarrestar toda otra invasion, para hacerse formidables á los otros, para vencer y dar la Ley á todos sus enemigos.

Entre tanto alabemos, bendigamos, y ensalzemos al Dios de las Misericordias, por las que acabamos de experimentar de su poderosa y protectora mano. Entonemos en su alabanza dulces himnos, piadosos cánticos, ecos eucarísticos de gratitud, de accion de gracias, por que

tan gloriosamente se ha ostentado magnífico en favor nuestro. *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Resuenen en este Santo Templo las voces armoniosas del júbilo, alegría y regocijo, santificándolas con el homenaje de la rectitud de nuestro corazón, quando ofrecemos á la Divinidad el justo tributo de nuestro agradecimiento. Resuene, últimamente, y penetre hasta vuestro excelso Trono ¡Dios amable y misericordioso! la súplica y petición del mas indigno de vuestros Ministros. Prosperad la Religion, y sacad de su ignominioso encierro, trasladándolo á su legítimo asiento y Silla, á vuestro Vicario en la tierra, el recomendable, el firme, el justo Pio VII. Restituid á su Trono á su primer hijo, el desterrado, oprimido, y tanto tiempo suspirado de los suyos, Fernando. Vengan vuestras bendiciones, ilustracion é inspiraciones santas sobre nuestro Monarca el respetable Jorge III.; sobre el Príncipe Regente que gobierna en su augusto nombre, y toda la Real Familia. Dotad de la sabiduría é inteligencia necesaria á sus Ministros, y á todos los Gefes que gobiernan sus Pueblos. Animad con vuestro auxilio poderoso el corazón valiente del incomparable Wellington, y de todos los Generales de los Ejércitos Aliados, que trabajan por su libertad individual, y por la de toda la Europa; y llenadlos del admirable rocío de vuestra proteccion, asistencia y consuelo. Comunicad, por último, á todos los presentes los Dones del Santo Espíritu, la gracia de justificacion en esta vida; y, en la otra, la de alabaros y bendeciros por toda la eternidad.

Amen.

